



ALEJANDRO MAGNO

Y

SAN FRANCISCO JAVIER,



POR

P. FRANCISCO JAVIER GONZALEZ.



—LEON: 1876.—

*Imp. y lit. de José G. Redondo, La Platería, 7.*





D G  
A

# LAS DOS GRANDEZAS.

---

ALEJANDRO MAGNO

Y

SAN FRANCISCO JAVIER.

---

No hay error, no hay desvarío, no hay blasfemia, que, en la rápida carrera de los tiempos, no se haya dejado ver en el estadio de la vida, é intentado empañar, con su hálito ponzoñoso, los fulgores radiantes de la verdad y de la inocencia. Pero nunca el mónstruo de la mentira se ha mostrado más furibundo é imponente que en la desdichada época en que vivimos.

Para llegar al logro de sus proyectos, no hay medio que no haya usado. No hay crimen, no hay maldad de que no se haya valido para elevar su negro imperio sobre los restos palpitantes de la verdad consoladora, y sobre su yerto cadáver cantar la victoria tan deseada, á

c. 1173008  
t. 129192

la manera que la muerte entona un himno de pavoroso silencio sobre los pálidos despojos del que ha sido víctima de su furor implacable. Todos los medios, que se han inventado en los siglos que han ido ya á sepultarse en las tenebrosas regiones de la nada, le han parecido insuficientes á su objeto sanguinario: y por eso, no contento con presentar los ya ensayados bajo muy diferentes fases, ha procurado hallar otros nuevos, y aun lo que más es, ha procurado traer á su favor la verdad misma, valiéndose para oscurecerla de los fulgores mismos que de ella se desprenden. Por eso se ha visto á ese irreconciliable enemigo del bien, impugnar la verdad bajo el nombre de la ciencia; por eso ha acudido á todo lo existente para sacar armas contra la verdad; y por eso, finalmente, para prevalecer contra ella, si tal fuera posible, se ha valido del cielo y de la tierra, de lo divino y de lo humano, del tiempo y de la eternidad. No considera que en lo más alto del Empíreo ha escrito el Eterno, con caracteres indelebles, que el error no prevalecerá jamás contra la verdad; porque el Omnipotente es la verdad por esencia, de la cual se deriva toda verdad sobre la tierra, como del sol se derivan todos los rayos esplendentes que los espacios inundan de límpidas claridades; y así como el tiempo no puede prevalecer contra la eternidad, ni lo finito y limitado contra lo ilimitado é infinito, así tampoco el error y la mentira pueden prevalecer ni prevalecerán jamás contra la verdad.

No es nuestro intento presentar hoy todos los errores, ó mejor dicho, todos los abortos malhadados de la inteligencia humana; porque esto nos sería imposible: ni tampoco pretendemos impugnarlos todos. Sólo queremos recordar uno; sólo queremos combatir uno de los que más prestigio gozan entre los pseudo-políticos

modernos, y del cual se valen para apartar á muchas inteligencias de los hermosos caminos de la verdad hija del cielo; y con el cual, como si fuera un escudo impenetrable ó inexpugnable baluarte, hacen la más encarnizada guerra contra Cristo y su iglesia sacrosanta, contra todo lo que es santo y está conforme con las leyes más sagradas.

Ese error, ó por mejor decir, esa blasfemia, consiste en asegurar: Que la Religion Cristiana no produce héroes; que la Religion del Crucificado no tiene génius que empequeñece y abate el espíritu; que es contraria al progreso material, científico y moral del individuo, al progreso material, científico y moral de la sociedad: en una palabra, que se opone á las ideas é inspiraciones grandes y generosas y á los proyectos sublimes y gigantescos...

Cuán erróneas y absurdas, cuán contrarias á la razon y á la experiencia, sean estas aserciones, es tan evidente, que acaso á alguno parezca inútil este trabajo, aunque en realidad es de la mayor importancia.

Innumerables son las razones que hacen patente la inexactitud y falsedad de apreciaciones tan indignas de cualquier hombre sensato y pensador. Todo cristiano católico, que cumple con sus obligaciones, es más grande que todos esos hombres que ellos tienen por grandes hombres, es más digno de alabanza y admiracion que todos esos génius que se llaman héroes. No vamos á demostrarles esta verdad; porque esos hombres, que se tienen por ilustrados, surtidos en el mundo de la materia, no pueden siquiera remontarse hasta penetrar en el diñtel sagrado del mundo del espíritu; y por eso nuestro objeto es demostrarles que, aun bajo ese punto de vista material, y bajo el mismo aspecto con que honran con

el título de héroes y de génios á ciertos hombres, extraordinarios por sus hechos heróicos y por sus hazañas fabulosas y gigantescas empresas, cuenta la Iglesia Católica héroes incomparables, génios extraordinarios, que por lo admirable de sus hechos heróicos y de sus hazañas y proyectos gigantescos, exceden en mucho á todos los héroes y génios que tanto ensalzan esos hombres del mundo moderno.

Para que más claro se vea la sinrazon de esos hombres políticos, pondremos frente á frente dos héroes, uno de parte del mundo pagano, y otro de parte del mundo cristiano. Compararemos sus acciones heróicas, sus conquistas, sus proyectos y sus empresas.

Sea el primero Alejandro Magno, el héroe más grande, el más famoso conquistador y el génio más intrépido que se haya dejado ver en el horizonte de los tiempos pasados. Por parte del Cristianismo presentaremos á uno de sus muy ínclitos hijos; á uno de los muchos brillantes astros de radiosa aureola que lucen en el esplendoroso firmamento de la Iglesia en perpétuas eternidades ante Dios: á San Francisco Javier, el gran Apóstol del Oriente.

Expondremos con la brevedad posible los hechos de esos dos grandes héroes, para que mejor se vea, cuánto más pura, más sublime y admirable es la *Grandeza cristiana* que la *Grandeza pagana*. (1)

---

(1) Lo que se dice de Alejandro y de la grandeza pagana, puede aplicarse á toda otra grandeza que no sea hija del catolicismo.

I.

Cualquiera que haya recorrido algun tanto el inmenso al par que ameno campo de la historia, no podrá ménos de advertir la gran semejanza que media entre dos figuras gigantescas, que se dejan ver, la una allá en horizontes muy remotos, y la otra en otros no muy lejanos. Ambas aparecen circundadas las sienas de gloria y majestad. El alma no puede contemplarlas sin llenarse de admiracion y entusiasmo. Es verdad que estas dos figuras colosales no gozaron las áuras de la vida en una misma época; que muy diferentes brisas, en pueblos muy distintos, mecieron sus cunas doradas; que sus hazañas y heróicos hechos no tendian á un mismo fin, y que estos mismos hechos y estas mismas hazañas eran entre sí muy diversos. Empero, á pesar de todo esto, parecen tan semejantes en la grandiosidad de sus ánimos, en lo sublime de sus proyectos, en lo admirable y casi fabuloso de sus acciones gigantescas y en el espacioso teatro de sus glorias, que ninguno que haya traspasado el dintel de la historia, y tenga en su corazon algun destello de rectitud, podrá poner en duda y mucho ménos negar lo que se acaba de asentar en estas líneas.

Al considerar los hechos de estos dos paladines respectivos del paganismo y del Cristianismo, no se atreve uno á fallar, cuál de los dos ha sido, bajo diferente aspecto, más grande, más sublime, más digno de admiracion y gloria imperecedera. Pero considerados los hechos, sus causas, sus medios, su fin y objeto, con toda imparcialidad y atencion, se colige fácilmente quién fué y es el más grande y admirable de estos dos héroes.

El Apóstol del Oriente y el Conquistador de ese mismo Oriente, son esas dos figuras tan semejantes y tan distintas. La semejanza se comprende poniendo á la vista sus hechos heroicos y sus colosales empresas.

Antes que ninguno de ellos exhalase el primer bagido, ya estaba anunciada á los hombres su presencia sobre la tierra y sus hechos inmortales. Ambos fueron dotados por el Eterno de un ánimo magnánimo y sublime, capaz de los más grandes proyectos y de las empresas más árduas y difíciles: los dos emprendieron la conquista del mundo, aunque por muy diferente via y con muy distinto objeto. El Oriente fué el teatro y el campo de batalla, dó con valor sin igual, pelearon sus respectivos y admirables combates.

Recorre Alejandro gran parte del mundo, dá batallas estruendorosas y sangrientas, vence á los reyes de la tierra y se apodera de las fortalezas de las gentes.

Tambien recorre Javier gran parte del mundo, y mucho más que Alejandro, pelea varonilmente contra el infierno y el crimen, contra el error y la impiedad; conquista para su Dios á los reyes de la tierra, los príncipes y las naciones, y extiende la Religion de su Cristo sobre las fortalezas de las gentes y la muchedumbre de los mares.

El hijo de Filipo manda á los reyes de la tierra, y los reyes de la tierra le obedecen y se sujetan á su voz poderosa, y en sus manos ponen sus reinos y á sí mismos: su mirada sola les hace temblar postrándose ante él como humildes esclavos, y hasta la tierra misma, al contemplar su heroismo, «enmudece atónita en su presencia.»

El hijo de la Cruz manda tambien á los reyes de la tierra, y los reyes y los príncipes le obedecen, y á



sus sagradas plantas depositan sus cetros y diademas; y los pueblos se sujetan humildes al eco poderoso de su voz: sólo su mirada les llena de respeto y de temor, y en su presencia se estremecen los abismos, y la tierra contempla entusiasmada y atónita á aquel paladin de Israel.

Ambos héroes, finalmente, en medio de su carrera gloriosa, en medio de sus triunfos y empresas admirables, arribaron esplendorosos á su ocaso. Después de haber empleado diez años cada uno en sus respectivas conquistas, una sombra misteriosa toca con su fría mano la radiosa frente de los dos adalides, y á entrambos conduce, en medio de sus grandiosos proyectos, á una tumba sombría. Fueron como dos meteoros que, al llegar majestuosos al medio de su curso, desaparecen impensadamente á la vista de los mortales.

Hemos dicho que el hijo de Filipo y el Apóstol del Oriente eran muy semejantes y muy diferentes. La semejanza, que media entre ellos, ya queda delineada en cuanto nos fué posible, en lo que hasta aquí queda dicho. Pasaremos ahora á explicar en qué se diferencian entre sí.

## II.

Aunque parezcan tan semejantes los dos héroes, existe, no obstante, entre ellos una diferencia inmensurable. Esta diferencia consiste, principalmente, ora en el objeto que cada uno se proponía en sus empresas, ora en los medios de que cada cual podía disponer para llevar á cabo pensamientos tan grandiosos, ora en el fin

que cada uno se proponia de sus trabajos y conquistas.

El objeto del héroe griego era avasallar y esclavizar á los tristes mortales; sujetar á su despótica voluntad los pueblos y las naciones, á los príncipes y á los reyes, y en caso de resistencia, destruir y borrarlos de sobre la haz de la tierra, y hacer que solo un confuso recuerdo quedase en los fastos de la humanidad de los que habian sido rebeldes á su tiránico dominio. Este era su objeto.

El objeto del héroe cristiano era libertar á los esclavos, dar la mano á los caidos, instruir á los ignorantes, predicar á los poderosos la caridad y la misericordia para con los que poco pueden, y á los pequeños la sumision y la obediencia para con los mayores y poderosos; enseñar á los hombres el camino que conduce á la felicidad verdadera; mostrarles los escollos que tienen que evitar para conseguir su último fin, que es la posesion de la Bondad Infinita en perpétuas eternidades; iluminar finalmente á todos los que por desgracia yacian aún bajo las fatídicas tiendas del pecado y del error, haciéndoles conocer al Sumo Hacedor de los mundos, cuyo conocimiento es la base fundamental de la felicidad del hombre sobre la tierra; y hacerlos, de esclavos del príncipe de las tinieblas, hijos predilectos del Omnipotente Dios. Este era su objeto.

Ejércitos aguerridos é invencibles, acostumbrados á ceñir sus sienes con el láuro de la victoria sobre cien campos de batalla; la violencia y el furor, el suplicio y tormentos pavorosos, mezclados con el engaño y la ferocidad, eran los medios con que contaba el héroe de Macedonia.

Pero el intrépido hijo de Ignacio de Loyola, al con-

trario, se presenta solo en la palestra, solo se halla en el campo de batalla dó pelear debia los combates sagrados del Dios de Israel. La paciencia y la abnegacion más sublimes son su escudo; la persuasion, la dulzura y la humildad son sus armas, y su ayuda el Crucifijo y el Rosario. Estos son los ejércitos, estas las armas y los medios que el discípulo de la Cruz tenia á su disposicion, para llevar á cabo empresas no ménos difíciles y gigantescas que las de Alejandro.

Si diferentes en gran manera son el objeto y los medios de los dos adalides cristiano y pagano, mucho más diferentes, si cabe, son los fines, que cada uno se proponia.

La vanidad y el orgullo, la avaricia y soberbia y satisfaccion de sus más degradantes pasiones, eran el último objeto, á dó el héroe macedonio dirigia todos sus trabajos, todas sus conquistas, todas sus empresas admirables: sí; éste era el móvil de todas sus acciones y el fin de todos sus proyectos. ¡Cuán distinto era el fin, cuán distinto el móvil del paladin cristiano!: ¡cuán otro el fin á que tendian todas sus acciones heróicas; cuán otro el móvil que le impulsaba á empresas tan difíciles y arriesgadas, á trabajos tantos y fatigas inenarrables!... Su Dios, el amor tiernísimo de ese mismo Dios y su eterna posesion; el amor de sus semejantes y la eterna felicidad de estos mismos, eran el último fin y el móvil misterioso de todos sus proyectos y el centro admirable de todas sus acciones. Pues bien: si tanto más grandioso y sublime es un proyecto, cuanto más grande y sublime es el objeto que se propone, si tanto más digno de admiracion y entusiasmo, cuanto más árdua y difícil es la empresa, y cuantos menores sean los medios para lograrla: ¿quién no dará la palma al héroe cristiano? ¿Quién no le

juzgará más digno de admiracion y alabanza universal, que al héroe pagano?

Y si las acciones tanto son más dignas de alabanza, loor y gloria, tanto más nobles y heróicas, cuanto mejor, más grandioso y sublime es el fin que se propone el que las ejecuta, segun nos enseña la sana filosofía; ¿quién dudará en anteponer el humilde discípulo de Jesús, éste héroe de la Religion cristiana que tanto trabajó por el bien de la humanidad, al gran Alejandro, el héroe más grande que se dejó ver en el horizonte del mundo anticristiano? ¿Quién no verá cuánto más generoso, cuánto más grande y magnánimo es el héroe cristiano que el pagano, ó sea cuánto mayor es la grandeza de la Religion cristiana que la grandeza anticristiana?

Lo confesamos: Alejandro fué grande, uno de los más grandes hombres que ha habido en el mundo. Al recordar sus heróicas hazañas, nuestro corazon palpita fuertemente, y la admiracion se apodera de nuestra alma al contemplar tanta grandeza. Y esto mismo sentirá todo aquel, á quien lo bello encanto y lo grande lo arrebate; y si no lo siente, es uno de los séres más miserables que existen en este mundo; pues que no tiene corazon, un corazon tierno y sensible, capaz de recibir las emociones consoladoras de lo bello y lo sublime.

Si; Alejandro fué grande, uno de los más grandes hombres del mundo. Al contemplarle, la admiracion y el entusiasmo inundan nuestro corazon como una corriente tranquila de arrobadoras al par que agradables sensaciones. Al ver cómo sujeta á la orgullosa Grecia, vencedora en otro tiempo de los Xerges; al verle cual convierte en pavorosas ruinas la gran ciudad de las cien puertas y hace tributaria suya á la soberbia Tiro; al ver cómo triunfa del gran poder de los persas, agregando

á su corona el imperio colosal de los Círos y Cambises; al ver que extiende sus conquistas hasta los confines de la tierra, mucho más allá que Hércules y Baco llevaron las suyas; al considerar con cuanta rapidez, nobleza y heroísmo las lleva á cabo; al ver, en fin, todo esto, un no sé qué misterioso y encantador, que el corazón siente y no puede explicar, inunda nuestra alma y sentidos, y como fuera de nosotros mismos no podemos ménos de decir: sí; Alejandro fué grande héroe: ¡oh qué grande fué Alejandro!... ¿Quién es éste héroe ante el cual la tierra calla asustada?... Es quizá un hombre? nó; es un génio; es un ser sobrehumano al parecer?

### III.

Grande, inexplicable es la admiración y entusiasmo, que causa en nuestra alma la grandeza y heroísmo del vencedor de Darío; empero, esta admiración y éste entusiasmo inexplicables, éste no sé qué misterioso y divino, que nuestra alma inundan, llegan á su apogeo y parecen elevar nuestra pobre inteligencia á las regiones de lo infinito, al considerar al gran S. Francisco Javier: y creemos que esto mismo sucederá al que con reflexión lo considerare. Considerémosle, pues, por un momento.

En la ciudad eterna, córte en otro tiempo de los Césares, señores del mundo, recibe, inspirado del Altísimo, una gran misión de manos del supremo Gerarca del Catolicismo. Esta grande misión, es conquistar para su Dios y su Iglesia inmaculada, regiones inmensas, que, á manera de fantasmas milagrosos, habían aparecido en la inmensidad del Océano: regiones hasta entonces desconocidas á los cultos moradores del antiguo mundo, y que se ocultaban risueñas entre los bellos celajes de la aurora matinal.

Francisco acepta esta mision y se prepara á llevarla á cabo, como esforzado adalid. Recibida la bendicion del Padre comun de los fieles, sale de la ciudad de los Césares, pobre y acompañado tan sólo de otro su hermano de profesion. Atraviesa el mediodia de la Europa en alas de su celo y de su amor, por doquiera conquistando almas innumerables para el cielo.

Las ciudades mudan de aspecto en la presencia del nuevo Apóstol, porque un rayo de majestad divina brilla en su frente esplendorosa. Los reyes admirados quieren detener en sus estados á ese héroe de vivaz pupila y anchurosa frente; pero marcha... la Europa no era digna de tanto bien: otra mision más gloriosa le espera allende los mares. Y marcha... Atraviesa silencioso el Océano, revolviendo allá en su mente de ángel las empresas más difíciles y grandiosas, que jamás caber pudieron en el entendimiento humano.

Detened por un momento su marcha en medio de las ondas cristalinas, y preguntadle, si os place: ¿á dónde vás, varon santo?.. ¿á dó caminas? Y él, con el rostro, por la humildad sonrosado, dirá: Voy á conquistar nuevos mundos para mi Dios. ¿En qué confias, grande héroe? ¿Cuáles son tus armas? Nada soy y nada puedo: pero todo lo soy y lo puedo todo con la ayuda de mi Señor, en quien espero y á quien amo con toda mi alma y con todo mi corazon. ¿Y mis armas? Ah! Mi Dios es mi escudo y fortaleza, y la virtud del Altísimo toda mi ayuda y socorro...

Pero pasemos adelante y sigámosle hasta su destino, haciendo caso omiso de sus gloriosas conquistas en las costas africanas. Contemplémosle tan solo en el inmenso campo de batalla, do pelear debia los combates de su Dios. ¡O quién nos diera describir en un breve, pero bri-

llantísimo cuadro, sus hazañas gigantescas y sus trofeos sobre el abismo!

Llegado que fué á aquellas regiones del Asia, tan célebres por las conquistas de Semiramis y Alejandro, empieza la gran obra á que estaba por el cielo destinado; no acompañado de ejércitos invencibles, sino solo y sin tener casi con que alimentarse y cubrir su desnudez. Allí, á manera de un sol refulgente, que, colocado en medio del firmamento, ilumina con sus rayos todos los mundos que giran espaciosos en su rededor, así él, ilumina con los rayos esplendorosos de la verdad y doctrina salvadoras, que á torrentes salian de su boca, á todos aquellos vastos é inmensurables reinos, que yacian por tantos siglos bajo las sombras pavorosas del error y del pecado.

Levanta su voz, tan elocuente como la de un arcángel, y tan poderosa como la de un querubín, y en nombre del Altísimo manda á todas las gentes que, rompiendo las cadenas ruinosas con que el mundo, el demonio y la carne los tenian esclavos y sujetos á las más degradantes pasiones, reciban sumisos el yugo suave de la ley santa del Dios de Israel, y, dirigiendo un perpétuo raudal al crimen y al error, resuciten de la muerte á la vida, de las tinieblas del gentilismo á la luz vivificadora del Evangelio de Jesucristo. Y los reyes poderosos y los grandes príncipes le obedecen; y los pueblos y las naciones reciben gustosos el suave yugo de la ley santa del Sinaí y del Calvario.

Y manda á las olas del mar... y le obedecen; el cielo y la tierra con todos los elementos están atentos para oír su voz y ejecutar pronto su demanda. Todo cede ante este héroe divino, todo parece estar pendiente de su voz poderosa, cuyos ecos hicieron á veces temblar á

poderosos reyes, que, con el furor en el pecho y la espada en la mano, se dirigian al frente de numerosos ejércitos á exterminar las provincias indefensas; pero que la presencia de Javier hizo retroceder cubierto su corazon de espanto y terror incomprensibles. Todo cede ante ese paladin del Cristianismo, y hasta la muerte misma se ve obligada á soltar la presa de su furor insaciable á la sola indicacion de su voluntad soberana.

El abismo contempla asustado sus victorias, y furibundo hace resonar en los antros infernales un grito de dolor y de rabia indefinibles, al ver que sus príncipes confundidos no osan poner coto á su marcha victoriosa. Los príncipes de Edon y los poderosos de Moab con todo el poder del averno se conturban, y tristes consideran que millones de almas, que devorar pensaban con satánico furor, son arrebatadas á su venganza por aquel Apóstol del Cristianismo.

El mundo, el infierno y la carne reunen su poderío nefando para hacer frente á este héroe tan grande y tan humilde; pero en vano. Escoltado con la virtud del Altísimo, de todos triunfa; nada le obliga á cejar un punto en su carrera victoriosa, nada; porque la gracia de su Dios le conforta en las batallas y el brazo del Eterno le sostiene en sus combates. Despues de haber recorrido gran parte de la Europa y del Africa, del Asia y de la Oceanía, extendió sus conquistas de bendicion y de paz hasta los últimos confines de la tierra; dió grandes batallas contra las potestades del abismo, fatídicas protectoras del error y del pecado; conquistó para su Dios gentes innumerables; y los reyes y los príncipes y los pueblos y las naciones le pagaron el tributo de sus respetos y obediencia, y el orbe, al verle en medio de su curso majestuoso, calló admirado en su presencia.



IV.

Hémos dicho que al considerar al gran Alejandro en medio de sus triunfos, un no sé qué misterioso y encantador inundaba nuestro pecho de entusiasmo. Sí, Alejandro fué grande, uno de los más grandes hombres que hayan jamás cruzado el horizonte de la vida; empero, mucho más entusiasmo, mucha más alegría y admiración causa en nuestra alma el Apóstol del Oriente: mucho más grande nos parece y digno de admiración el héroe cristiano. Los que sin cesar rebajáis la grandeza de la Religión Católica, ensalzando la grandeza más quimérica que real de las sectas anti-cristianas, ahí tenéis la historia de esos dos campeones respectivos. Meditad con reflexion y con deseo de la verdad todos sus hechos heroicos, y despues nos diréis si vuestras apreciaciones están conformes con lo que dicta la sana razon. Considerad la nobleza con que cada uno pone en práctica sus proyectos gigantescos, y no podréis ménos de ver, que la diferencia que hay entre un pequeño golfo y la inmensidad del Océano, entre la tierra y el cielo, entre lo humano y lo divino; esa misma existe entre la grandeza del héroe pagano y la del cristiano. El interés propio, la vanidad y la satisfaccion de sus pasiones, aun las más bajas, y su propia gloria, es lo que siempre busca el héroe griego. El bien de los otros hombres, el honor y la gloria del Eterno, y su propia santificacion, es el móvil y el único objeto del héroe cristiano. Alejandro abate, Francisco levanta; Alejandro esclaviza la humanidad, Francisco le dá la libertad verdadera; Alejandro destruye, Francisco edifica; Alejandro es como una nube de fuego abrasador que deja en pos de sí huellas sangrientas y pavorosas de su paso sobre

la tierra; Francisco es como una hermosa nube henchida de felicidad y de esperanza; que, por doquiera que va, inunda de celestes consuelos el corazón de los mortales, y huellas luminosas de paz y bienestar señalan su paso en todas partes; la muerte, en fin, con todos sus horrores, la desolación y el espanto van siempre precediendo al héroe macedonio en sus marchas asoladoras, al par que la verdadera vida, la paz con sus encantos y la tranquilidad con sus goces, nunca pierden de vista la marcha venturosa del héroe del Catolicismo.

De lo que hasta aquí llevamos dicho se puede fácilmente colegir, si la Religión Cristiana engrandece ó no al hombre; si es contraria al heroísmo y á las empresas más grandiosas y sublimes; si, en una palabra, se opone al progreso material, científico y social de la sociedad y del individuo. No; la Religión Católica no empequeñece el espíritu, no se opone á los sentimientos nobles y generosos, no á los arranques sublimes del genio y del heroísmo, no á las empresas difíciles y gigantescas, no, en fin, á ningún progreso en el camino del bien. Y los que digan lo contrario, la calumnian; y los que digan lo contrario, muestran su mala fé ó su ignorancia sin límites.

Los que tal dicen, en la soledad de sus meditaciones, llamen ante sí al tiempo y los sucesos pasados, naveguen algún tanto, si quieren, por el inmenso océano de la historia, y verán sin sombra de duda, como la luz del sol en mediodía, que han errado verdaderamente el camino de la verdad, y que el seguido por ellos, conduce fatalmente á un abismo pavoroso. Mediten un poco sobre lo pasado y despues que nos digan sinceramente; ¿quién ha regenerado al humano linaje, que tan abyecto y envilecido se hallaba hace diez y

nueve siglos? ¿Quién lo ha levantado de tan grande postracion, de corrupcion tan inmensa, si no esa Religion divina por ellos tan vilipendiada? ¿Qué hubiera sido del mundo si esa Religion, toda del cielo, no se hubiera puesto entre él y el abismo á dó á pasos agigantados caminaba sin cesar?

¿Quién civilizó á los bárbaros del Norte, que cayendo como una avalancha, que se desgaja de los Alpes, inundaron el imperio romano haciéndole desaparecer de sobre la faz de la tierra? ¿Qué hubiera sido entonces de la Europa, y que sería hoy mismo, si esa Religion sacrosanta no hubiera domado la fiereza de aquellos monstruos desapiadados sin fé y sin religion; y si esa misma Religion, al par que predicaba á los vencidos la paciencia y resignacion, no hubiera depositado en el pecho de los vencedores el rocío celestial de la clemencia y la misericordia? ¿A quién debe el mundo todos los progresos que ha hecho en el órden moral, científico y religioso? ¿Qué responden á ésto esos miserables que, sumidos en el mundo de la materia, se complacen sólo en calumniar á Cristo y su Iglesia immaculada, como á los viles insectos agrada sólo revolcarse en el cieno de que se sustentan?

V.

No; el Catholicismo no se opone nunca á todo lo que es grande, magnánimo, heróico, sublime; no pusilanimiza, perdónesenos la expresion, los espíritus, ni empequeñece los caractéres, ni cierra el camino á los proyectos generosos. Contra semejantes aserciones protesta la historia del género humano de veinte siglos á esta parte. Contra esas y otras no ménos infundadas apreciaciones protestan mil y mil personajes, que, amamantados á los pechos de esa Religion divina, creciendo y

desarrollándose en su seno, y sacando de ella toda ó gran parte de su fuerza y vigor, llevaron á cima las empresas más colosales, las acciones más magnánimas, los proyectos más sublimes. Mil y mil héroes y sábios, cuyos nombres sagrados, cruzando el tiempo y el espacio, han sido inscritos por el ángel de los recuerdos en los fastos de la humanidad con caracteres de oro, al lado de los más famosos, protestan sin cesar contra esa calumnia infame de la impiedad y sus adeptos. ¿Quién podrá contar el número de esos adalides, educados en el Catolicismo? Más fácil nos sería quizá enumerar las arenas que allá en playas solitarias agita el mar embravecido. Sí; contra esas calumnias protestan, por hablar siquiera de algunos, Constantino Magno, sustituyendo por las águilas romanas, banderas del imperio de los Césares, el Lábaro santo de la cruz, y orando humildemente sobre la humilde tumba del Príncipe de los Apóstoles; el gran Teodosio, invocando en medio de los combates á Jesús de Nazaret; San Leon, saliendo al encuentro de Atila, y haciendo temblar y desistir de sus proyectos al que no sabia qué era temor ni qué era resistencia; Carlo Magno, civilizando gran parte de la Europa, combatiendo en cien batallas á los enemigos de la Fé, y retirado á veces en un monasterio, para ocuparse en las divinas alabanzas como el último hijo de San Benito; San Fernando y los Reyes Católicos, arrojando de los minaretes de Córdoba, Sevilla y Granada el ominoso estandarte de la media luna, para hacer tremolar en ellos á los cuatro vientos la enseña gloriosa de la Cruz y las purpurinas banderas, en cuyo centro resplandecía la imagen adorada de la Emperatriz de los cielos; Colon, conquistando mundos para la Cruz y para Castilla; Hernan Córtes, invocando al Dios de las batallas en Otumba y

en la laguna de Méjico, y sacando de esa Religion santa todo el valor y energía para llevar á cabo la empresa más colosal, que con tan pocas fuerzas se haya jamás ejecutado desde que el mundo es mundo; Carlos Quinto, el gran emperador, llevando sobre su pecho magnánimo la imágen adorable de Dios crucificado, rezando cada día á la Reina de las misericordias una parte del Rosario, y pasando sus años postrimeros en un convento, haciendo la vida de un monje solitario; Don Juan de Austria, haciendo declinar rápidamente á su ocaso la Media Luna, cuyo temeroso poderío anegó para siempre bajo las ensangrentadas olas del golfo de Lepanto; el pueblo español arrojando, indefenso, pobre y engañado, del pedestal de su gloria al moderno Alejandro, que orgulloso contemplaba postrada á sus piés á la Europa entera; y protestan, en fin, otros y otros mil héroes, que en el cielo de las glorias mundanales resplandecen como astros de primera magnitud. ¿Para qué traer aquí más ejemplos, destacándose hoy día del mismo centro del Catolicismo el personaje más grandioso y admirable que haya encerrado en su seno el siglo XIX? Los que acusan á los Católicos de pusilanimidad, ahí tienen á Pio IX, á ese héroe divino, que en este siglo de luchas y tempestades descuella radiante y sereno sobre todas las grandezas de la tierra, al modo que sobre las empujadas olas en medio del Océano se levanta serena y erguida roca piramidal. ¿Qué cosa hay más grande en este siglo que Pio IX? ¿Qué son hoy día todos los grandes del mundo ante Pio IX, sino una triste sombra ante la brillante realidad? Los que en mal hora dirigen los destinos de los pueblos le amenazan, y él desprecia impertérrito sus amenazas impías: los que tienen á su disposicion un millon de bayonetas le intimidan; pero

él les responde palabras misteriosas que hielan de espanto sus corazones marchitos: la impiedad en su satánico furor llega hasta encarcelarlo; pero él desde su prision les mira con faz serena como un cielo estrellado, y más que nunca se muestra al mundo magnánimo, heróico y sublime. Desde su prision echa en cara de un modo silencioso pero elocuente su envilecimiento y abyeccion á los que hoy día se llaman reyes ó emperadores, y que no son más que el juguete de sectas tenebrosas capitaneadas por séres infernales. Repetimos: ¿qué cosa más admirable que Pio IX prisionero? Los impíos intentaron por ese medio rebajarle á la vista de los Católicos; pero en vano; pues que desde las colinas del Vaticano, ese Anciano de dias dirige su palabra á sus hijos, y estos, en número de más de doscientos millones, hoy más que nunca, escuchan su palabra y acatan respetuosos su voluntad soberana; y el Aquilon y el Mediodía, el Oriente y el Ocaso le envian sus moradores en numerosas caravanas para consolarle en su prision y depositar á sus plantas sagradas el suavísimo tributo de su admiracion y respetos. ¿Qué dicen á esto los que en su ignorancia ó mala fé calumnian á la iglesia de Cristo?

## VI.

Si la Iglesia Católica no empequeñece el espíritu, ni se opone á los proyectos grandiosos, á las acciones heróicas, ni á las más grandes empresas ni á los arranques sublimes del géio, como hemos demostrado, mucho ménos se opone á los progresos de las ciencias y bellas artes. ¿A quién, sino, es deudora la Europa y el mundo entero de todos los progresos, que ha hecho en el órden científico, artístico y moral, sino á ella? ¿Quién más que ella ha protegido la ciencia y bellas artes?

Testigo de esto es la historia entera, que en sus páginas de oro tiene inscritos los nombres de millares de Católicos, que en el cielo esplendoroso de las ciencias y las artes brillan como astros de radiosa luz. Testigos de esto son innumerables inteligencias que, formadas en el seno de la Religión del Crucificado, elevaron las ciencias á una altura á los impíos desconocida. Testigos son un San Agustín, escribiendo la Ciudad de Dios; San Juan Crisóstomo, predicando sus Homilias; San Bernardo, lanzando con su elocuencia arrebatadora el Occidente sobre el Oriente; Santo Tomás de Aquino, escribiendo sus dos Sumas, los dos monumentos más grandes de la ciencia cristiana y los libros más admirables despues de los Libros Santos, al decir del insigne Ráulica; San Alberto Magno, abriendo nuevos y espaciosos horizontes á las ciencias naturales y filosóficas é ideando las catedrales de Strasburgo y de Colonia, inapreciables maravillas del arte; el Dante, formando su poema sublime de terroríficas visiones, y el Petrarca sus Idilios, y el Taso, su Jerusalem Libertada; Deza y Colon, descubriendo un Nuevo Mundo entre los pálidos celajes del sol poniente; Melchor Cano, levantando á la ciencia un monumento de los más sublimes en su inimitable libro de *Locis Theologicis*; Granada, escribiendo sus obras, océano insondable de la sabiduría más pura, de la elocuencia más sublime, de las más celestes armonías y de los más dulces encantos; Belarmino, componiendo sus Controversias; Ojeda, su Cristiada, Lope de Vega, Rioja y Calderon sus Comedias y Tragedias incomparables y sus inspirados Idilios; Herrera y Fr. Luis de Leon sus Odas y sus Versos henchidos de pompa y majestad; Bossuet, pronunciando sus Oraciones Fúnebres y dando á luz su Discurso sobre Historia universal; Fenelon, es-

cribiendo su Telémaco y su libro sobre la Existencia de Dios, y Racine, su Atalia, y Chateaubriand, sus Mártires y su Génio del Cristianismo; O'connell rompiendo en las Cámaras inglesas con su imponderable elocuencia, cor- tante como una espada de dos filos, las cadenas ominosas que esclavizaban á su querida pátria, la desgraciada Irlanda; Lacordaire, pronunciando en Nuestra Señora de París sus inimitables Conferencias, que le merecieron el ser reconocido por el orador más elocuente de los tiempos modernos; Balmes, dando á luz su Protestantismo, y el P. Zeferino, sus Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás. Testigos son todos estos génios inmortales, y otros mil que pudiéramos enumerar, de que sólo á la Iglesia Católica debe la ciencia sus más grandes progresos, y sus más ilustres conquistas.

¿Y qué diremos del influjo poderoso del Catolicismo en las bellas artes? ¿Quién ha levantado esos monumentos colosales y grandiosos, admiracion de los siglos todos, esos monumentos sagrados, síntesis preciosa de todas las bellezas que extasian al triste mortal y elevan su alma á las regiones de lo infinito? ¿Quién no contempla con dulzura indefinible esas sublimes creaciones del génio cristiano? ¿Cuándo podrán levantar los enemigos de esa Religion divina monumentos tan acabados como San Pedro en Roma y la catedral de Milan, como los catedrales de Colonia, Strasburgo, París, Chartres, Burgos y Leon, como la Basilica de Asis y Santa Maria la Novella en Florencia? ¿Quién podrá contar los grandes Artistas del Cristianismo? ¿Qué cosa más grande que la Religion Cristiana inspirando á Miguel Angel su Moisés, su Juicio Final, la Cúpula de San Pedro en Roma y el Sepulcro de Santo Domingo de Guzman en Bolonia?: al Bto. Angélico de Fiésole sus cuadros de la Anun-



ciacion, sus trabajos en el palacio de los Papas, y los rostros incomparables de Jesús y de Maria? ¿Qué grandeza hay comparable á la de la Religion Cristiana inspirando sus concepciones sublimes á Rafael, Vinci, Cimabue, Fra Bartolomeo, Murillo, Herrera y otros muchos que sería muy largo nombrar?

Si la Religion Católica en el órden material, científico y artístico ha producido los mayores ingenios; ¿qué será en el órden moral? ¡Ah! Esto le pertenece á ella exclusivamente. Ella sola produce, crea esas almas angelicales, que como el fuego suben de la tierra al cielo; esas almas místicas, que como celeste nube de incienso se disipan en las regiones de lo infinito. La grandeza de esas almas no la pueden comprender esos hombres que arrastran miserablemente por el cieno sus más elevadas facultades; no, esas inteligencias extraviadas y esos corazones corrompidos no podrán jamás comprender la grandeza de almas, como las de Santa Catalina de Sena, Santa Teresa de Jesús y Santa Rosa de Lima: jamás comprenderán la abnegacion sublime de las hijas de San Vicente de Paul y de los hijos de San Juan de Dios, que, renunciando los goces y deleites de esta vida terrenal, sacrifican su existencia en aras de la caridad, para velar de continuo á la cabecera de la humanidad doliente ó desvalida; ni el heroismo admirable de los hijos de Santo Domingo, que, despidiéndose de las más bellas esperanzas que embellecer pudieran sus dias en el amado suelo de su patria, cruzan un siglo y otro siglo el imperio horroroso y turbulento del Atlántico, para conquistar para Dios y para la civilizacion esos nuevos mundos, que se pierden entre los bellos celajes de la aurora, marchando á morir por Jesucristo con firme y segura planta, no esperando otra recompensa por sus

trabajos apostólicos, y sin que las hogueras espantables, ni la catana siniestra, ni la sierra dentada y roedora, ni las llamas crepitantes de la pira, puedan detener en su carrera á esas huestes valerosas de la Cruz, que se suceden sin interrupcion sobre la brecha, como los antiguos gladiadores condenados á morir en el estadio. Los impíos no pueden apreciar debidamente la abnegacion heroica de esos hombres, que en la primavera de su vida salen de sus conventos, para ir á marchitar su juventud sobre una roca solitaria, ó en medio de algunas chozas y variadas dispersas, sin poder alternar en sociedad con ningun hombre de su esfera, con ningun sér ilustrado que les hable y les comprenda, y á quienes puedan conflar las amarguras de su triste situacion. Consagrados únicamente á su ministerio laborioso; oscurecidos entre las breñas de algun collado sombrío, y sin más consuelo en este mundo que la esperanza del cielo en premio de sus inmensos sacrificios, son los ministros de las almas, los ángeles tutelares de los indígenas, á quienes arrullan al nacer en sus brazos amorosos, bañando su oscura frente en las aguas saludables del bautismo, cerrando sus ojos al morir y depositando, finalmente, su cadáver en el seno del sepulcro (1).

---

(1) De España, sólo los Dominicos sostienen misiones vivas en Itui, Paniquí y otros puntos de Luzon, en Formosa y en los imperios de la China y Conchinchina, cabiendo a la órden Dominicana el honor de sostener la parte más arriesgada de aquellas posiciones difficilísimas. Si España gloriarse puede de haber dado á la Iglesia en este siglo más mártires que cualquiera otra nacion, sólo á la Orden Dominicana lo debe, cuyos hijos eran los seis obispos y más de treinta sacerdotes sacrificados á las iras implacables del paganismo en las playas sangrientas del Ton-kiu desde el año treinta y ocho hasta el año sesenta y dos de este siglo.

## VII.

De lo que hasta aquí hemos dicho se desprende lógicamente, como las conclusiones de los principios en que se contienen, cuán inútilmente combaten los enemigos de la Iglesia su existencia sobre la tierra. Sí, astros errantes, árboles estériles é infructuosos, olas de un mar embravecido, que arrojaís sin cesar la espuma inmundada de vuestras confusiones; en vano procuráis con el hálito ponzoñoso de vuestros errores tenebrosos, de vuestras doctrinas corrompidas y corruptoras y de vuestros proyectos nefandos, empañar en lo más mínimo la faz inmaculada de la Esposa del Cordero. En vano; pues que así como las rugientes olas del Océano en el día de la tempestad en vano van y vienen y se empujan y se estrellan con horrisono estridor contra la roca diamantina, que sobre ellas gigantesca se destaca, así vosotros en vano lanzáis las enfurecidas olas de todos los errores, calumnias é improperios contra la Iglesia santa, fundada por Dios sobre la roca inquebrantable del pontificado de San Pedro.

Y en verdad; si ántes faltarán los cielos y la tierra, que dejen de cumplirse las promesas eternas del Dios de Israel, ¿cómo presumen los impíos echar por tierra la estabilidad de la Iglesia fundada sobre la eternidad de su palabra? Ella ha recibido de los lábios mismos de Dios esta inefable promesa: *«y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»* Por eso bien puede la ciencia del mal agitar profundamente todos los poderes de la tierra, y las artes y las revoluciones y la prensa y el profesorado, entregados al poder de las tinieblas, pervertir todas las vías del corazón y del pensamiento, para separar al mundo de la corriente de Dios; que jamás

harán sucumbir á la Iglesia de Jesucristo en su lucha terrible con las potestades del abismo; porque la Iglesia, que es obra de Dios, descansa en la eternidad de su palabra, y vé pasar el tiempo sentada sobre las ruinas de los siglos, estriba sobre la promesa sagrada del Dios Omnipotente. Contra esa promesa sagrada se han estrellado por espacio de veinte siglos todos los embates del averno y sus secuaces; y la razon es porque, como dice el gran poeta y orador de nuestros días P. J. Fonseca, «La iglesia, fundada por Jesucristo sobre la piedra angular de su eterno sacerdocio, base inmovible é incontrastable de ese gran edificio social cuya techumbre toca al cielo, descansa visiblemente sobre el pontificado de San Pedro y de sus legítimos sucesores en el gobierno de la misma. A estos, como á Céfás y como á la Iglesia universal, les ha prometido Jesucristo su asistencia y su triunfo definitivo del infierno, por más que se conjuren contra esa institucion divina las potestades de la tierra.

*Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Math. cap. 16. v. 18.*

Cerca de veinte siglos han trascurrido desde que estas palabras cayeron sobre la tierra de la boca de Dios mismo, y á través de las tormentas que han azotado y combatido en todas direcciones la nave de la Iglesia, esas palabras se cumplen, y la Iglesia sigue á flote y seguirá aun flotando sobre todas las ruinas de los siglos. El paganismo le opuso su filosofía, sus pasiones, sus bacanales, sus fieras, sus parrillas, sus lictores; y la Iglesia, relegada por la violencia á vivir en los sepulcros, venció desde los sepulcros la filosofía pagana, las pasiones, las bacanales, las fieras, las parrillas y los lic-

tores romanos, armados de sus hachas y segures. La barbárie desprendida de los hielos boreales, le opuso la ferocidad de sus instintos, sus costumbres salvajes, sus implacables ódios, y sus venganzas sangrientas; y la Iglesia triunfó de la barbárie y de la ferocidad de sus instintos, y de sus costumbres bárbaras, de sus eternos ódios y de sus venganzas perdurables. La heregía le opuso sus sofismas, sus impiedades, sus furores; y la Iglesia triunfó de las heregías y de sus sofismas, impiedades y furores. Las potestades de la tierra, los vicios y la corrupcion de las costumbres, la perversion de las ideas, la aberracion absoluta del corazon y del pensamiento, se han conjurado contra ella en nuestro siglo; y ella triunfará tambien de las potestades de la tierra, de los vicios y de la corrupcion de las costumbres, de la perversion de las ideas y de todas las aberraciones del corazon y del pensamiento. Vomite el infierno contra ella cuanto de impío y de satánico se encierra en sus antros tenebrosos, que ella triunfará á la vez de las potestades de la tierra y del infierno, y saldrá más hermosa aun y rozagante de las persecuciones, ódios y violencias que susciten contra ella los hombres y los demonios juntamente. Y así seguirá triunfando y sobrenadando felizmente á la ruina de los imperios y al reinado fugaz de los impíos, hasta que se cumplan los destinos de la humanidad sobre la tierra (1).»

FRANCISCO JAVIER GONZALEZ.

---

(1) Nota 47 á su gran poema «Los Dos Génios.»

El citado poema ha merecido de una asociacion de sábios de Berlin, un Album y una pluma de oro con las más lisonjeras espresiones.

... y en consecuencia, el Estado debe garantizar el acceso a la información pública, de acuerdo con el artículo 17 de la Constitución Política de Colombia, que establece el derecho de todo ciudadano a acceder a la información pública que se encuentre en poder de las entidades del Estado. Este derecho es esencial para el ejercicio de la ciudadanía y para la participación en la vida pública. Por lo tanto, el Estado tiene la obligación de garantizar el acceso a la información pública, de acuerdo con el artículo 17 de la Constitución Política de Colombia.

### Exposición de motivos

La presente Ley tiene por objeto regular el acceso a la información pública, de acuerdo con el artículo 17 de la Constitución Política de Colombia. El acceso a la información pública es un derecho fundamental que permite a los ciudadanos conocer los actos y procedimientos de las entidades del Estado, lo que contribuye a la transparencia y a la rendición de cuentas. Por lo tanto, es necesario establecer un marco legal que garantice el acceso a la información pública, de acuerdo con el artículo 17 de la Constitución Política de Colombia.



